

✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠

Si Scires Donum Dei...

“La mirada al costado traspasado del Señor, del que «salen sangre y agua», nos ayuda a reconocer la multitud de dones de gracia que de ahí proceden, y nos abre a todas las demás formas de devoción cristianas que están comprendidas en el culto al Corazón de Jesús.”

—Benedicto XVI



Eucaristía y Fiesta del Sagrado Corazón

La Eucaristía ha brotado del Corazón de Jesús. Es el mayor regalo del Corazón de Jesús en la Última Cena. La Eucaristía tiene su centro en el amor, y el amor proviene del corazón.

En la Eucaristía se encuentra palpitante el Corazón de Cristo, que ama intensamente al Padre y a los redimidos por Su muerte y resurrección. La Eucaristía es el Corazón vigilante, atento y amoroso de Jesús, que nos ve, escucha, atiende, espera, ama, consuela, anima y alimenta.

La gran promesa: *“A quienes comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos, mi Corazón no los abandonará en el último momento”.*

Todas las revelaciones a Santa Margarita María de Alacoque, la devota del Sagrado Corazón, a la que Jesús encomendó esta devoción, se las concedió el Señor en la capilla, en la Eucaristía. Es más, Santa Margarita vivía ansiosa de la Eucaristía. Estas son sus palabras: “Mi más grande alegría de dejar el mundo era pensar que podría comulgar a menudo, ya que no se me permitía sino de vez en cuando. Yo me habría considerado la más dichosa del mundo si lo hubiera podido hacer frecuentemente y poder pasar muchas noches sola delante del Santo Sacramento de la Eucaristía. Me sentía ante Él absolutamente segura, que aún siendo miedosísima, ni me acordaba del miedo, estando en el lugar de mis mayores delicias. La víspera de comulgar me sentía abismada en un profundo silencio y no podía hablar sino haciéndome violencia, pensando en la grandeza



de lo que había de acontecer al día siguiente. Y cuando ya había

comulgado, no hubiera querido ni beber, ni comer, ni hablar de tanta paz y consuelo como sentía. Me ocultaba lo más posible para aprender a amar a mi Bien Soberano, que tan fuertemente me obligaba a devolverle amor por amor”.

Y cuando entró al Convento de la Visitación, a los 23 años, su madre priora le dijo: “Hija, id a ponerlos delante



Las Doce Promesas del Sagrado Corazón

En mayo de 1673, el Corazón de Jesús le dio a Santa Margarita María para aquellas almas devotas a su Corazón las siguientes promesas:

- * Les daré todas las gracias necesarias para su estado de vida.
- * Les daré paz a sus familias.
- * Las consolaré en todas sus penas.
- * Seré su refugio durante la vida y sobre todo a la hora de la muerte.
- * Derramaré abundantes bendiciones en todas sus empresas.
- * Los pecadores encontrarán en mi Corazón un océano de misericordia.
- * Las almas tibias se volverán fervorosas.
- * Las almas fervorosas harán rápidos progresos en la perfección.
- * Bendeciré las casas donde mi imagen sea expuesta y venerada.
- * Otorgaré a aquellos que se ocupan de la salvación de las almas el don de mover los corazones más endurecidos.
- * Grabaré para siempre en mi Corazón los nombres de aquellos que propaguen esta devoción. Yo te prometo, en la excesiva misericordia de mi Corazón, que su amor omnipotente concederá a todos aquellos que comulguen nueve Primeros Viernes de mes seguidos, la gracia de la penitencia final: No morirán en desgracia mía, ni sin recibir sus Sacramentos, y mi Corazón divino será su refugio en aquel último momento.

de Nuestro Señor en la Eucaristía como una tela preparada delante de un pintor”. Y Santa Margarita no entendió, pero no se atrevió a preguntarle a su superiora. Pero escuchó dentro de ella “*Ven, hija, Yo te lo enseñaré*”. Era Jesús, que la invitaba a la Eucaristía para enseñarle todo. Para Margarita María, el Sagrario era su refugio ordinario. ¡Y sabemos cómo sufrió en vida esta gran santa!

El corazón, sabemos, tiene dos movimientos: Sístole, contracción del músculo cardíaco que provoca la circulación de la sangre, y diástole, movimiento de dilatación del corazón y arterias.

También el Corazón de Cristo tiene estos dos movimientos.

Sístole: se contrae, se recoge para unírnos a Él, a su amistad, provocando en nosotros la circulación de la sangre espiritual que Él nos ha inyectado. Nos alimenta, nos nutre, y esto lo hace desde la eucaristía, en la eucaristía. Esta contracción del Corazón de Cristo es una invitación a su amistad, a formar el grupo de sus íntimos. Es la invitación a acercarnos a la eucaristía, a disfrutar de su amor, a conocer sus secretos más íntimos. ¡Qué bienaventurados aquellos que tienen la suerte de ser arropados en ese movimiento de sístole o contracción del Corazón dulcísimo de Cristo!

Diástole: Es la dilatación de ese Corazón de Jesús, que se abre a todos, sin excepción, con el anhelo de hacer llegar a todos Su sangre preciosísima, que con una sola gota de ella salva a quienes se dejan lavar por ella. Este movimiento de diástole quiere abrazar a todos, y por eso se sirve de nosotros para que vayamos al apostolado y llevemos su amor para atraerlos a su Divino Corazón.

La Eucaristía nos invita a nosotros a estos dos movimientos:

Sístole: a acudir con más frecuencia a la Eucaristía, a entrar dentro de ese Corazón Sacratísimo de Jesús, escuchar sus latidos de amor, sus gemidos de dolor, sus anhelos de salvar a la humanidad. A entrar, a intimar con Él, consolarlo, animarlo, repararlo, y al mismo tiempo a contarle nuestros problemas, angustias y proyectos.

Diástole: es decir, a salir de la Eucaristía con la sonrisa en los labios, con el amor en el corazón, con la servicialidad en las manos, con la prontitud en los pies y hacer llegar esos latidos del Corazón de Jesús que nosotros hemos escuchado en nuestros momentos de intimidad.

Autor: P Antonio Rivero LC

Si supieras de cuánto mérito y gloria es honrar a este amable Corazón de Jesús, y cuán grande será el galardón que dará a los que, después de haberse consagrado a Él, sólo pretendan honrarle...

– Santa Margarita María Alacoque



Acto de Confianza al Sagrado Corazón de Jesús

Dios mío, estoy tan persuadido de que velas sobre todos los que en ti esperan y de que nada puede faltar a quien de ti aguarda todas las cosas, que he resuelto vivir en adelante sin cuidado alguno, descargando sobre ti todas mis inquietudes. Ya dormiré en paz y descansaré, porque Tú, solo Tú has asegurado mi esperanza.

Los hombres pueden despojarme de los bienes y de la reputación; las enfermedades pueden quitarme las fuerzas y los medios de servirte; yo mismo puedo perder tu gracia por el pecado; pero no perderé mi esperanza; la conservaré hasta el último instante de mi vida y serán inútiles todos los esfuerzos de los demonios del infierno para arrancármela. Dormiré y descansaré en paz.

Que otros esperen su felicidad de su riqueza o de sus talentos; que se apoyen sobre la inocencia de su vida, o sobre el rigor de su penitencia, o sobre el número de sus buenas obras, o sobre el fervor de sus oraciones. En cuanto a mí, Señor, toda mi confianza es mi confianza misma. Porque Tú Señor, sólo Tú, has asegurado mi esperanza.

A nadie engañó esta confianza. Ninguno de los que han esperado en el Señor, ha quedado frustrado en su confianza. Por tanto, estoy seguro de que seré eternamente feliz, porque firmemente espero serlo y porque de ti, Dios mío, es de quien lo espero. En ti esperaré, Señor, y jamás seré confundido.

Bien conozco, y demasiado lo conozco, que soy frágil e inconstante; sé cuánto pueden las tentaciones contra la virtud más firme; he visto caer los astros del cielo y las columnas del firmamento; pero nada de esto puede aterrarme. Mientras mantenga firme mi esperanza, me conservaré a cubierto de todas las calamidades; y estoy seguro de esperar siempre, porque espero igualmente esta invariable esperanza.

En fin, estoy seguro de que no puedo esperar con exceso de ti y de que conseguiré todo lo que hubiere esperado de ti. Así, espero que me sostendrás en las más rápidas y resbaladizas pendientes, que me fortalecerás contra los más violentos asaltos y que harás triunfar mi flaqueza sobre mis más formidables enemigos. Espero que me amarás siempre y que yo te amaré sin interrupción; y para llegar de una vez con toda mi esperanza tan lejos como puede llegarse, te espero a ti mismo, Creador mío, para el tiempo y para la eternidad. Así sea.

–San Claudio de la Colombière, Confesor de Santa Margarita Maria Alacoque

